

tativa, en el serio anhelo de oponerse a la adversidad.

En el terreno exclusivamente literario, Tania Pleitez nos brinda jugosas versiones sobre los móviles que impulsaron a Storni en cada uno de sus poemarios, comenzando por el primero y más vacilante en sus hechuras, *La inquietud del rosal* (1916). Tras el abordaje de la serie modernista –sin duda corregible– que componen *El dulce daño* (1918), *Irremediablemente* (1919) y *Languidez* (1920), Pleitez descubre un nuevo acento –transgresor, seguro, elocuente– en los ensayos y obras teatrales escritos entre 1919 y 1928. De la lectura de obras como *Ocre* (1925) extrae señas de vanguardismo que, si bien no figuran en las prosas líricas de *Poemas de amor* (1926), reaparecen con vigor en *Mundo de siete pozos* (1934) y en los más exigentes *antisonetos* que, por virtud de un estilo sin restricciones, contiene el volumen titulado *Mascarilla y trébol* (1938). Aun sin exagerar tales audacias, esta última personalidad es más atractiva para la biografía; lo natural, lo casi inevitable, es que durante ese tramo administre las mejores estrofas y los recuerdos más amargos. Por ello no es raro que dicha exaltación también refleje una forma efusiva del sufrimiento: el mismo dolor del que la poeta, enferma irrevocable, quiso desertar durante la madrugada del 25 de octubre de 1938, arrojándose al mar –un cauce más que apacible

frente a las incertidumbres de la vida– desde el espigón de la playa de la Perla.

Sin lugar a dudas, lo anterior enriquece el prestigio póstumo de nuestra escritora y le da un cariz contradictorio que Pleitez interpreta con fluidez. «El alma de Alfonsina Storni era barroca –escribe–. Llevaba en su interior tempestades y lloviznas, selvas arrebatadas y campos apacibles, hierba fresca y musgo, océanos fieros y mares mediterráneos». Precisamente por atender a los costados menos conocidos de ese territorio, la autora centra su curiosidad en tres aspectos de la vida y la trayectoria creativa de su personaje: la relación que ésta mantuvo con el padre de su hijo Alejandro Alfonso (cuyo testimonio, por cierto, figura a modo de oportuna posdata); las dos obras de teatro que destinó a los espectadores adultos (*El amo del mundo*, estrenada en 1927, y *La debilidad de mister Dougall*, escrita ese mismo año); y por último, el viaje que realizó a Barcelona en enero de 1930.

Periodismo y literatura de vanguardia en América Latina: el caso peruano, Luis Veres, Universidad Cardenal Herrera-CEU, Valencia, 2003, 253 pp.

Sociología y literatura convergen dentro del magnífico estudio de

Luis Veres para acreditar con eficacia ese rótulo que les aplicó Edgar Morin: escuelas de la comprensión. De hecho, puesto a ilustrar dos fenómenos imbricados el uno en el otro —hablamos de vanguardismo e indigenismo peruanos—, el autor sigue el curso de la historia local y de ello emerge una concepción multirreferencial, a través de la cual nos es posible comprender esa voluntad de destino que resume ambos fenómenos y que, fundándose sobre una dialéctica comunitaria, aglutinó ideas de modernidad e integración. Esto conduce a una primera certeza que destaca el autor: a comienzos del siglo XX, ser indigenista era una de las muchas formas de ser moderno. O dicho de otro modo: la ejecución del programa vanguardista convirtió al indio en una moda.

Tal estrategia lleva en sí una punta de desarrollo político. Por ello es necesario que distingamos algo de ambición en ese interés de los indigenistas. Aún más, en el juicio de Veres queda patente una clave: la causa bien podía responder a fines del todo altruistas, pero asimismo a la posibilidad de ver en peligro los privilegios de clase. Al decir del autor, los indios no apreciaban a los indigenistas con un baremo diferente al que les servía para conceptuar al resto de los blancos. «Una rebelión generalizada —escribe— iba a perjudicar su posición social a no ser que fueran ellos

mismos los que se levantarán como máximos defensores de los indios». Con esta enérgica sugerencia situada a modo de epígrafe, la obra cobra un nuevo vuelo, y permite apreciar en sus matices la propuesta de José Carlos Mariátegui, y más en concreto, el programa editorial de la revista *Amauta*, fundada por aquél y distribuida a partir de septiembre de 1926.

Para resultar pertinentes en el plano político, estos y otros proyectos —por ejemplo, el andinismo de José Uriel García y el mesticismo de Jorge Basadre— pueden contextualizarse dentro de la dependencia histórica diseñada por Mariátegui, a cuyo entender la Conquista fue un cataclismo que «rompió la identidad del país a causa de la destrucción del sistema socialista en que se basaba su economía». Con esto se entiende mejor por qué el periodismo indigenista trató de reinstalar a los indígenas en el núcleo del progreso productivo, dado que, al fin y al cabo, sin ellos no cabría un legítimo afianzamiento nacional.

Indigenismo y vanguardia emergen en la experiencia de la década de 1920. No por azar, ambas parcelas se disgregan al tiempo que agoniza *Amauta*, cuyo declive coincide además con la muerte de Mariátegui. La misma crisis, según concluye el analista, conlleva el fin del boletín *Titikaka*. Como en sus inicios, el movimiento también admite

en su ocaso una lectura política, que Veres sitúa en la sustitución del régimen de Leguía por la dictadura de Sánchez Cerro. Por otro lado, al escenificar su competencia los comunistas ortodoxos y los seguidores de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, fundada por Haya de la Torre en 1924, «el indio dejaba de ser un argumento literario, pues ya no era un valor de cambio en el debate político».

De tanto en tanto, parece valorarse de nuevo esta última posibilidad en ciertos confines del continente. Hoy todavía el indigenismo rumia en la memoria, aunque, por desgracia, escasea en su reciente formulación el aplomo poético e intelectual que, en contraste, sí depara el periodo estudiado en la recomendable entrega del profesor Veres.

Desafíos para una nueva asociación. Encuentros y desencuentros entre Europa y América Latina, Christian Freres y Karina Pacheco (eds.), *Los libros de la Catarata*, Madrid, 2004, 256 pp.

El presente trabajo se inscribe dentro del plan de vínculos al cual contribuye desde 1996 la Red de Cooperación Eurolatinoamericana (RECAL). En ese marco, parece claro que el problema político-eco-

nómico subsistente desde hace una década, y a cuyo estudio se entregan los colaboradores de este volumen, precisa para su esclarecimiento tres líneas principales de reflexión: las circunstancias en que se efectúa la cooperación al desarrollo, los márgenes o apremios del diálogo político, y por último, el espacio disponible para los lazos económicos entre ambos continentes. La fama de estas tres acciones se extiende, por necesaria inercia, a otros cuatro campos, que por cierto, cada día están más firmemente ceñidos al mástil de la globalización: la geopolítica, la doctrina de seguridad, la regulación financiera y el estado de la democracia.

Desde la militancia o con aparente expresión de neutralidad, en los artículos de esta antología se interpreta de forma diversa dicho ámbito. Ahora bien, predomina en ellos la idea de que el papel de la Unión Europea en Iberoamérica no está predeterminado; más bien tendría que forjarse de forma gradual para identificar sus componentes. Con todo, lo que el volumen es en realidad nos lo dice el subtítulo —*Encuentros y desencuentros*—: una especie, pues, de inventario de aciertos y conflictos, intercambios y fricciones en un periodo de mudanza financiera y crisis de identidad.

Desde otra cuerda, puede resultar sugestivo para los lectores el léxico gremial que utilizan varios de los colaboradores. Traspasar a una prosa técnica, o para ser más

exactos, sobreescrita –destilada en la academia– los neologismos procedentes de las relaciones internacionales, a veces significa situarlos en el marco de la corrección política. Esto es, un fuego de artificio conceptual que, fuera de la capilla universitaria, suele iluminar buenos deseos pero no siempre ideas cristalinas. Ejemplo: destaca Frere que para la politóloga inglesa Jean Grugel, «el interregionalismo constituye un mecanismo emergente de gobernabilidad mundial». Por lo demás, aún está por definir qué modelo de interregionalismo prevalecerá en términos operativos: «uno socialmente responsable u otro basado en la imposición de intereses económicos y políticos europeos». Dos alternativas que, según este esquema, parecen irreconciliables y en cuya discrepancia insisten ortodoxos como Saramago, afines por cierto a la consigna conspiratoria –cito un testimonio reciente del escritor portugués: «vivimos en una democracia secuestrada por el poder económico»–. En rigor, también ahí la duda es admisible, pues refiriéndose a esta necesaria interacción entre los territorios, Grugel la describe como una esfera «vagamamente teorizada» de la política internacional. Zonas de opacidad que, al fin y al cabo, permiten la reglamentación provisoria, la profecía autoconclusiva o, por qué no, el renuevo de viejas mitologías ideológicas que todo lo cimentan.

Inevitablemente, al margen del empleo de argot y de la persuasiva incertidumbre que éste surge a los no iniciados, esa vaguedad no es una franquicia de Grugel; también sirve de gozne conceptual a otros de los autores acá reunidos. Por ello, más que por disertaciones de este orden caliginoso, el libro editado por Freres y Pacheco resulta útil como sumario de la agenda de negociaciones entre europeos e iberoamericanos, vinculada, entre otros documentos, a los producidos por y para las sucesivas Cumbres de Jefes de Estado y de Gobierno. Léanse, para apreciarlo, las ordenadas y lúcidas intervenciones de Klaus Bodemer, Anneke Jessen y Andrew Crawley. Junto a esta perspectiva cuantificadora y económica, los estudios del impulso globalizador también sabrán estimar en el manojo de artículos una pauta de vínculos alternativos (no sujetos a instituciones), serviciales para tupir la red euro-latinoamericana frente a las fórmulas preferidas por Estados Unidos. Viejas querellas, en fin, que aún nutren la vehemente dialéctica entre conservatismo y liberalismo.

Carlos Gardel. La voz del tango, Rafael Flores, Alianza editorial, Madrid, 2003, 230 pp.

A imitación de otras ceremonias teatrales, el tango cantado sigue el